

ANDUEZA, J.M, *La misericordia, los pobres y el reino de Dios*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2016, 217 pp.

¿De qué hablamos cuando decimos misericordia? Esta palabra habla de un amor entrañable y de un amor fiel. Para precisar bien el término se hace necesario acudir al Antiguo Testamento, en su recorrido comprenderemos a Dios como misericordia. Nos acercamos también al Nuevo Testamento para descubrir las claves de interpretación de la misericordia. Se trata del Reino de Dios y de los pobres. El Reino de Dios, ese proyecto tan necesario para nuestro mundo en donde los pobres son centro indiscutible que nos ayudan a ubicar el significado bíblico de misericordia y a concretar una manera de ser y de vivir.

El autor pone en diálogo estos tres conceptos: misericordia, Reino de Dios y pobres, y a partir de las aportaciones de diferentes teólogos, concluye como la misericordia es camino desde Dios hacia Dios y se convierte en acto de nueva creación.

El autor, José Manuel Andueza es licenciado en Teología Sistemática y Psicopedagogía, ha dedicado toda su vida a la educación y a la teología, colabora en diferentes ámbitos pastorales y es también miembro de Cristianismo y Justicia.

A lo largo del libro intenta descubrir que es la misericordia y de qué manera afecta a la relación con Dios y con los demás. Trata de hacer un estudio sobre el tema, que es un concepto desconocido y devaluado en la actualidad, entender bien qué es y qué supone puede ayudar a adentrarnos en el mensaje de Jesús de Nazaret, y de qué manera nos habla a los cristianos del siglo XXI. No se trata de decir algo distinto, sino con un lenguaje que nos sitúa en el momento actual.

El autor divide el libro en dos partes: en la *primera* se plantea el término misericordia, la realidad de Dios, Jesús de Nazaret concreción de la misericordia, el Espíritu Santo comunicador de la Misericordia.

En la *segunda*, nos habla de los pobres como receptores y emisores de la misericordia, el reino de Dios promesa de esperanza, la misericordia acto de nueva creación.

Cuenta con una amplia *bibliografía* que valoramos como un buen soporte del texto y facilita vías para ampliar el tema propuesto.

Nos vamos a referir en nuestro trabajo a los tres ejes de subtítulo del libro: la *misericordia, los pobres y el Reino de Dios*

El autor nos sitúa en un camino que ayuda a sintonizar con la *misericordia*, como un nuevo lenguaje que nos abre al misterio y también como respuesta a ese misterio. Se trata de recuperar el sentido profundo del término, como la única manera posible de ser cristiano, y como elemento unificador de todas las religiones y con todos los hombres y mujeres que

pueblan la tierra. Se trata de recuperar la misericordia que está en conexión con la gracia, la bondad, el amor y nos lleva a la compasión, como expresión participativa del sufrimiento del otro. Por tanto, consiste en sentir con los que sufren y participar de sus sufrimientos. Ignacio Ellacuría señala la misericordia como «sentir el dolor ajeno y colaborar en curar ese dolor; justamente lo contrario de lo que supone la indiferencia o la permisividad ante los males de este mundo, sobre todo los que afligen a los demás» (p. 25). La misericordia, aun siendo un término no grato para muchos, en su más honda raíz significa acercamiento cristiano al mundo de la exclusión, padecer *con*, implicarse en el dolor *de*. No se pregunta si el sufriente es culpable o no, sufre y basta y por ello, afecta y se transita hacia la realidad del sufriente.

El autor nos expone tres leyes de la misericordia: la *primera* la ley de la *universalidad*, es asumir el sufrimiento de todos, la *segunda* la ley de la *intensidad*, allí donde hay más sufrimiento ha de hacerse más presente la misericordia, y *tercero* la ley de la *proximidad* aquellos que nos son más próximos requieren de una misericordia más cercana. Por tanto, recuperar la misericordia, es recuperar la vida de las personas, recrear una vida mejor para todos, y se lleva a cabo con ejercicios activos: visitar, estar, escuchar, defender; nos ha de situar siempre en los márgenes, a transitar hacia el otro en necesidad, a vivir un amor comprometido.

La revelación recibida en la Biblia es para todos los tiempos y situaciones, la comunicación de Dios no se da para un momento concreto de la historia, se sigue dando, por ello tenemos que preguntarnos por la revelación hoy en relación con la misericordia, el tema que nos ocupa. Dios se da como amor, se entrega, se hace praxis y precisamente esto es la misericordia. Jesús de Nazaret, a decir del papa Francisco, es el rostro de la misericordia. Jesús, ríe, se alegra, valora la existencia, se acerca al sufriente, y en toda su existencia nos da pistas de cómo conducirnos misericordiosamente. Asumió la condición humana, se identifica con ella, es un Dios que se acerca desde abajo a la gente, esto lo va desarrollando el autor de forma atrayente y muy comprensiva.

Presenta la misericordia vivida y expresada por Jesús, como invitación a actuar del mismo modo; se trata de una experiencia compartida, llamada a ser repartida que convoca a todos, y de este modo se inaugura un nuevo talante de humanidad, que impide «pasar de largo» pues invita a abrir los ojos y el corazón. En el plano humano, al conocer la realidad, podemos adoptar diferentes posturas: leerla como algo que pasa y debe pasar así, o por el contrario adoptar un compromiso con esa realidad que nos está gritando y golpeando la conciencia. Jesús hace una clara invitación a vivir

en comunión con los pobres, comprometidos con sus necesidades, caminar con los débiles, los enfermos, los excluidos.

En la primera parte del libro concluye en que Dios es misericordia, no es que tenga la cualidad de la misericordia, nos ama, nos acoge tal como somos, sabemos de su compasión, sabemos que quiere tener hijos no siervos, esa misericordia le da sentido a cualquier otro atributo, de tal manera que donde no hay misericordia, no está Dios.

El que haya *pobres* no es algo deseable y muchos menos que existan personas que viven así, es una realidad que debemos intentar suprimir. «Las sociedades prósperas, provocan por contraste, agujeros negros de pobreza que constituyen un verdadero lugar teológico y sociológico que interpelan a la Iglesia y le induce a implicarse» (Obispo Uriarte). Para Leonardo Boff, «la pobreza es un mal que ofende al hombre y Dios no la quiere». Para Gustavo Gutiérrez, «los pobres son anónimos y parecen destinados a un anonimato aún mayor, nacen y mueren sin hacerse notar.»

Para Jon Sobrino, «la opción preferencial por los pobres y excluidos es hoy un elemento medular de la identidad cristiana y eclesial». Nos recuerda que los pobres son una realidad que nos hace pensar, y una luz que no ilumina, los pobres y la pobreza son mediaciones esenciales. De los pobres se aprende «alegría, creatividad, paciencia, arte, cultura, esperanza y solidaridad y desde ahí surge la esperanza de un mundo “otro”, que sea humano» (p. 98-99). Los pobres son receptores y emisores de misericordia y además sujetos de la misma. Al afirmar esto nos referimos a que son el objeto central a la par que constructores de ella desde su ser pobres. En cuanto amor entrañable, hondo, profundo, la misericordia tiene una clara inclinación por lo pequeño, lo abandonado, lo roto.

Pero, ¿quiénes son los pobres? Si afirmamos que son sujetos de misericordia, hay que explicitar quienes son; la pobreza existe, pero hecha carne en los pobres que la sufren, la pobreza no es algo abstracto tiene rostro, ojos, historia concreta, está inserta en la vida de los seres humanos. Según Jon Sobrino para definir la pobreza hay que tener en cuenta cuatro elementos esenciales: dificultad grave de *subsistir* como especie humana; denota *desigualdad* dentro de la especie humana; reconoce la *injusticia* estructural; y finalmente es la forma de *violencia* más duradera y que se comete con mayor impunidad. Pobres en grado máximo son los que no tienen lo suficiente, ni lo necesario, los pequeños, los fatigados, los explotados, los oprimidos. Son en definitiva esa «muchedumbre humana» que forman los dos tercios de la humanidad.

Hay pobreza material, social, relacional y no olvida el autor la cultural en la que hay que insistir pues la pobreza y la incultura suelen ir

unidas. No pensamos que no hay cultura en el mundo del pobre, pero señala aquella que tiene que ver con la educación, la interrelación, la posibilidad de entrar en ámbitos de instrucción; en ello hay que implicarse e implicarlos para que ellos sean los primeros artífices en la construcción de un orden social distinto.

Trabajar por y con los pobres supone una opción, es decir, escoger un tipo de vida y una actitud política que nos conduzca a la construcción de un mundo diferente. Y si hablamos de opción estamos hablando de elección y se elige desde la misericordia, eje central de este libro que presentamos, es elegir sentir y amar de una manera concreta a los pobres y esto nace en el espacio de la misericordia. Hablar de los pobres, es hablar de los pueblos crucificados es hablar de esas cruces que siguen emergiendo y esos maderos en los que siguen clavadas tantas personas, con la imposibilidad de descender e incorporarse dignamente a la vida. Si hay pobres es porque hay personas víctimas de otras, y esto se explica por la injusticia de un sistema en el que una mayoría está condenada a vivir en condiciones infrahumanas, como resultado directo de una estructura socioeconómica injusta. Este término de los pueblos crucificados ha sido muy analizado por Ellacuría y Jon Sobrino ambos comprometidos por bajarlos de la cruz.

La opción por los pobres se sustancia e hacer de estos los destinatarios de la misión de la Iglesia para liberarlos de esa situación, lo que no ha sido práctica habitual. Tomar en cuenta a estos destinatarios es una exigencia costosa, y conflictiva, pero esa opción llega a abarcar todas las dimensiones de la vida y ello se sitúa en el ámbito de la misericordia. Añade Gustavo Gutiérrez, que la pobreza es un mal que Dios no lo quiere, si se trabaja para erradicarla estamos en el proyecto de Dios, pues el Dios de la vida no quiere que exista, y la lucha por la misma nos acerca a Él, a su comprensión, a su encuentro.

*El Reino de Dios* es el lugar de los pobres, como dice la primera bienaventuranza; la primera urgencia, el primer rasgo distintivo del proyecto del Padre consiste en ser esperanza para los pobres y exigencia de su liberación. El gozo de los pequeños, los últimos, los más pobres, es una invitación a palpar, a movernos, a descubrirnos vivos en un mundo lleno de vida que nos abre nuevas expectativas, nuevas dimensiones y nos traslada al mundo del Reino, saliendo de nuestras estrecheces, horizontes recortados, y mundos oxidados en donde impera el yo y poco más.

El Reino comienza a realizarse a partir de los pobres, abarcando después a todos los seres humanos, la buena nueva es universal, acogiendo a todos sin excepción. El Reino de Dios es la buena noticia para los marginados de sus pueblos, partiendo de los pobres se llega a todos. La identificación de

Dios en Jesús con los oprimidos, concede a los situados en los «márgenes de la historia» el ser un grupo privilegiado en el designio de la salvación. Pero esta identificación no puede quedarse en mera compasión, sino que ha de producir efectos positivos, de tal forma que no hay salvación ni Reino sin pasar por los pobres.

El Reino de Dios se desvela como el reino de los hombres, en el que los pecadores son los preferidos, los más pequeños son los más grandes, los últimos los primeros, porque la soberanía de Dios es misericordia con los débiles, recuperación amorosa y privilegiada de los últimos, los desplazados, los que ven por encima a los fuertes y poderosos de la historia humana. Señala Jon Sobrino que el Reino de Dios es un mundo, una sociedad que posibilita la vida de todos, la dignidad de todos, lo que quiere decir que desde el Reino de Dios han de hacerse posible las aspiraciones de vida de las personas. En el Reino de Dios no se valora a la gente por jerarquías, titulaciones, o posición económica, se trata de amor, solidaridad, misericordia esas son las únicas reglas que existen. El Reino de Dios es misericordia y es justicia, por ello atiende, ante todo, a los que más sufren y se encuentran en mayor necesidad. La acción social de la Iglesia debe potenciar el protagonismo de los pobres, hay que pasar del hacer *por* al hacer *con* para lo que es fundamental la animación de la comunidad.

Fuera de su colaboración, codo a codo, no tiene sentido eclesial ni cristiano hablar del Reino de Dios, no pueden ser espectadores de proyectos pensados para ellos, pero fuera de ellos lo que les ocasiona un mayor empobrecimiento. Hay que cambiar «las formas de hacer», se impone un acercamiento real a las necesidades reales de las personas y no desde arriba.

En síntesis, hay que buscar en el lenguaje del mundo de hoy, espacios donde poder hablar de misericordia, palabra que nos permite tejer redes de encuentro entre nuestro mundo y la praxis de la misericordia. Se trata de presentar una teología que parta de la misericordia como respuesta clara de amor, verdad y fidelidad a Dios. Una teología cercana al mundo actual, comprensible y que permita el encuentro con Dios y con los demás, sobre todo con los más sufrientes.

Se impone así, una nueva creación posibilitando lugares de encuentro y de dialogo entre todos, poner mesas para solucionar problemas, para compartir comida que a todos deje satisfechos y gozar de la felicidad soñada sin que quede nadie excluido. Y esto lo podemos generar todo juntos hoy, desde nuestro aquí, posibilitando que la vida de todos sea posible en este mundo, creando entre todos un mundo solidario, justo y amable.

Finalmente, se trata de vivir con los ojos abiertos a la realidad, haciéndonos cargo de ella y liberar de los márgenes a los heridos por la vida y la

injusticia; hacemos nuestras las palabras de Käsemann: «El Creador ama a sus criaturas, y exige por eso nuestro amor incondicional al prójimo y nuestra absoluta disponibilidad para el servicio y el perdón, ya que de otro modo perece irremisiblemente la criatura.»

Estamos ante un buen trabajo clarificador e interpelante, en donde ha logrado poner en diálogo la misericordia, los pobres y el Reino en perfecto ensamblaje, desde donde hace una llamada clara al compromiso de todos, por hacer un mundo más habitable y posible para todos en donde no quede nadie fuera. Agradecemos la entrega por lo que tiene de clarificadora y útil para el compromiso con los últimos.

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ

MARTÍNEZ LOZANO, E., *La dicha de ser, no-dualidad y vida cotidiana*. Desclée De Brouwer, Bilbao 2016, 123 pp.

Lo sepamos o no, consciente o inconscientemente, en todo lo que hacemos y en todo lo que dejamos de hacer, los seres humanos vamos buscando la felicidad. Estamos programados para ello. A su vez, nuestra tarea más noble consiste en liberar del sufrimiento a los demás y ayudarles a ser felices, para ello debemos estar integrados nosotros mismos.

Sin embargo, con demasiada frecuencia erramos el camino de búsqueda propia y ayuda a los demás, con lo que no solo nos alejamos de la meta buscada, sino que prolongamos e intensificamos en sufrimiento propio y ajeno pues la búsqueda de un lado y la ayuda de otro no están centradas en la verdadera realidad personal.

La única salida a este dilema pasa por la sabiduría, que no tiene que ver necesariamente con la erudición, sino con el *saber sabroso* que nace de saborear el secreto de la Vida y que nos regala la comprensión de nuestra verdadera identidad, que es esa y no otra. Esto requiere pasar de la razón al «conocimiento silencioso» (o trans-racional), de las creencias a la certeza, de la idea de separación a la experiencia de no dualidad, de la confusión mental a la luminosidad consciente. En definitiva, acallar la mente y poner consciencia en todo lo que ocurre. Es un verdadero despertar que indefectiblemente hará despertar a los otros que están en ese camino de verdadera indagación.

Eso es vivir en la verdadera sabiduría, y ahí se encuentra la clave de nuestra liberación y de nuestra felicidad: la dicha de ser. Porque, en último término, sabiduría y felicidad son las misma cosa.